

# **Discurso inaugural del Decano de la Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Prof. Dr. Ricardo Krebs Wilkens, con ocasión del X Congreso Nacional de Geografía y I Jornada de Cartografía Temática, celebrado en el Instituto de Geografía, entre el 27 y 29 de abril de 1988**

En el año 1788 se crea en Londres la African Society que se propone fomentar la exploración del continente negro. Unos treinta años después, en 1821, se funda en París la Société de Géographie, destinada a fomentar no ya el reconocimiento geográfico de una determinada región, sino el desarrollo de la geografía en general. En rápida sucesión aparecen luego en todas las capitales del mundo instituciones análogas: en 1828, la Geographische Gesellschaft, en Berlín; en 1830, la Royal Geographical Society, en Londres, que, por el gran número de sus socios, su patrimonio y la labor realizada, se convertiría en la sociedad geográfica más importante del siglo XIX; en 1845, la Sociedad Geográfica Imperial de Rusia que, con sus diez secciones, repartidas por el Imperio, promovió, ante todo, la exploración de la Rusia asiática; en 1838, la Sociedad de Geografía, en Río de Janeiro; en 1839, la Sociedad Geográfica Mexicana, en Ciudad de México; en 1852, la Geographical Society de New York.

Paralelamente con la aparición de estas sociedades se produjo la constitución de la geografía como ciencia y su institucionalización en la emfianza. La base fue establecida por Alejandro von Humboldt, quien, en su monumental "Kosmos", partiendo del principio de la unidad del universo, procuró relacionar todos los fenómenos observables en una unidad armónica, comprendida como totalidad cósmica.

Su contemporáneo Karl Ritter, profesor, primero en Frankfurt y después en Berlín, expresó ideas similares en su "Erdkunde", una geografía regional comparada que debía abarcar el mundo entero, pero que quedó inconclusa. Sus 21 volúmenes sólo incluyen Asia y Africa. Ritter quiso conocer las leyes generales subyacentes a la diversidad de los fenómenos de la naturaleza y como prender así el plan divino del universo. Coincidió con Humboldt en concebir la geografía como descripción e interpretación de los fenómenos de la superficie terrestre y como análisis de "la

interrelación coherente natural" de los elementos geográficos.

Sobre las bases establecidas por Humboldt y Ritter se organizó la geografía científica que fue acogida por las universidades. En el curso de la segunda mitad del siglo XIX se crearon cátedras y departamentos de geografía en la mayoría de las universidades europeas y luego también en las universidades americanas. Bajo la influencia de la ciencia alemana se creó una primera cátedra de geografía en la Universidad Imperial de Tokio.

Al mismo tiempo, la geografía, muchas veces en combinación directa con la historia, quedó establecida como asignatura básica en la educación primaria y secundaria.

Como expresión de la consolidación de la geografía como ciencia y como manifestación de que los geógrafos se sentían miembros de una comunidad internacional de científicos se celebró en 1871, en la ciudad de Amberes, el Primer Congreso Internacional de Geografía, hito importante en un proceso que culminaría en los años 20 de nuestro siglo en la institución de la Unión Geográfica Internacional, la International Geographic Union.

Perdonen que ante geógrafos recuerde estos hechos. Sin embargo, me parecía conveniente citarlos, para poder formular algunas consideraciones generales.

Para comprender la importancia general del desarrollo de la geografía como ciencia y de su institucionalización a través de sociedades, institutos y congresos conviene recordar el desarrollo general de la ciencia en la época moderna.

La ciencia moderna, que nace en el siglo XVII y cuyas características fundamentales fueron puestas de manifiesto por las tres publicaciones más significativas de aquella centuria, el "Diálogo", de Galileo; el "Discurso del método" y los "Principios matemáticos de la filosofía natural", de Newton, se constituyó en oposición contra la escolástica aristotélica. Mientras que ésta, con criterio

teleológico, había deducido las cualidades de los fenómenos de sus fines, la ciencia moderna se propuso descubrir las leyes por las cuales se rigen los fenómenos sensibles, estudiar causas y efectos e inferir inductivamente generalizaciones de la observación empírica de los objetos concretos.

El nuevo planteamiento y los nuevos métodos no sólo dieron origen a una insospechada ampliación del saber científico, sino que confirieron al hombre también un amplio dominio sobre la naturaleza. Ya Bacon lo dijo: *Tantum possumus, quantum scimus*. El saber es poder. El hombre se convirtió en dueño de la naturaleza y, cual Prometeo que robó el fuego a los dioses, se sintió capaz de dominar la energía que mueve la materia y convertirse en señor del universo.

Los nuevos planteamientos implicaron también un nuevo modo de hacer ciencia. El tomismo aristotélico demostraba la verdad mediante la referencia a la autoridad, ya sea la autoridad de la revelación, ya sea la autoridad del sabio clásico. La verdad confirmada por la autoridad era interpretada por el doctor y magister.

Así como el aprendiz de un oficio ascendía a oficial y se recibía, después de presentar su obra maestra, de maestro. Así el bachiller y licenciado, finalmente, mediante la presentación de su tesis, se recibía de magister y doctor. El maestro, revestido de la autoridad que le confería su grado, inducía a sus alumnos en los arcanos del saber superior. Sus afirmaciones quedaban respaldadas por su autoridad personal. *Magister dixit*. Bastaba con que el maestro formulara su sentencia. Muy distinto es el modo moderno de hacer ciencia. También para el progreso de la ciencia moderna la persona ha tenido importancia decisiva. Y el avance científico ha quedado vinculado a nombres inolvidables, desde Galileo y Newton hasta Planck y Einstein, Humboldt, Vidal de la Blanche, Hettner y Braudel. Sin embargo, por encima de la persona, ha habido un desarrollo objetivo de la ciencia en sí. Cada descubrimiento ha marcado una nueva etapa. Desde la cual se parte para lograr nuevos avances. En cada etapa determinados problemas están dados y son estudiados por los científicos hasta que uno de ellos es el afortunado que encuentra la solución y abre nuevos caminos. De esta manera se ha producido un progreso del conocimiento científico que se mantiene independientemente y por encima de la autoridad personal. La verdad es verdad, no ya porque el maestro lo dijo, sino porque ella lleva su demostración en sí misma. Este modo de hacer ciencia hace posible también el trabajo en equipo, en que cada integrante hace su aporte. El resultado del quehacer científico ya no es la obra maestra que lleva el sello inconfundible de su creador, sino que es un eslabón más en la larga cadena de los descubri-

mientos que une a los científicos desde los días de Kepler, Galileo y Newton hasta el presente y que se prolongará hacia las generaciones venideras.

Este modo de hacer la ciencia hizo nacer a las nuevas sociedades y academias que aparecieron en el siglo XVIII. Nuevos centros del saber en que los científicos exponían sus descubrimientos y cuyas publicaciones informaban sobre el estado de la investigación. Este modo de hacer ciencia hizo nacer como una expresión particularmente significativa el congreso en que se reúnen los hombres de ciencia para exponer los últimos adelantos, para discutir nuevas hipótesis y analizar nuevos métodos.

En este proceso general del desarrollo de la ciencia se inserta también la ciencia de la tierra, la geografía. Ella sigue siendo, lo que había sido siempre, lo que había sido desde los lejanos días de Herodoto: sigue siendo descripción de lo que se observa en la superficie de la tierra. Pero ella desarrolló sus categorías, sus conceptos y sus métodos y se constituyó como ciencia cuyos progresos se enseñan desde la cátedra universitaria, se publican en revistas científicas y se discuten en seminarios y congresos y cuyo desarrollo es promovido por sociedades y academias.

En este desarrollo de la geografía como ciencia cabe destacar, en mi opinión, dos aspectos particularmente importantes.

La geografía se desarrolló en una relación particularmente estrecha con la realidad y con la acción del hombre. La experiencia concreta ha fecundado la ciencia, el conocimiento científico ha sido útil al hombre. Intrépidos navegantes, comerciantes ansiosos de ganancias, audaces aventureros, inescrupulosos piratas y cazadores de esclavos han recorrido los mares y los continentes, han descubierto rutas, han abierto caminos y han recogido datos empíricos que el geógrafo ha convertido en conocimiento científico. El geógrafo ha elaborado mapas, ha hecho mediciones, ha analizado las líneas de las más altas cumbres y las líneas divisorias de las aguas y ha permitido al hombre tomar posesión de la tierra, trazar fronteras y aprovechar los bienes de la naturaleza. Teoría y práctica están estrechamente entrelazadas y se fecundan mutuamente.

Paralelamente con la elaboración de un saber científico asegurado, los geógrafos han hecho un gran esfuerzo por definir el fin, el concepto y el sentido de la geografía como ciencia. ¿Ha de ser geografía física o ha de ser geografía humana? ¿Ha de ser ciencia descriptiva o ha de ser ciencia nomotética? ¿Debe aceptar un cierto determinismo de los fenómenos geográficos, estudiar las leyes generales y concentrarse en las causaciones y sus efectos o debe ella poner el énfasis en la acción creadora y transformadora del hombre?

En el curso de largas discusiones se ha producido un cierto consenso y los geógrafos, en su mayoría, aceptan hoy en día las ideas que Alfred Hettner expuso en la *Geographische Zeitschrift* y que Richard Hartshorne formuló en *The Nature of Geography*. La geografía se comprende hoy en día como ciencia de síntesis que tiene por objeto comprender en su interrelación los fenómenos que integran el espacio geográfico.

La geografía, en sus dimensiones prácticas y teóricas, se nos revela así como racionalización de un quehacer que es consubstancial al hombre y que brota de lo más íntimo y propio de su ser. El hombre es un viador en el espacio y el tiempo. A diferencia de los otros seres vivientes, de las plantas y los animales, cuya naturaleza está dada y que viven en una unidad irunediata, y fija con su mundo circundante, el ser humano, siendo libre, es indeterminado. La tarea de su vida consiste en encontrarse, en definirse, en determinar su ser. Criatura divina, debe emprender la búsqueda de Dios. Ser individual y diferenciado debe salir al encuentro con el ser absoluto.

Para realizar su humanidad debe crear un mundo humano que le permita vivir humanamente un mundo digno de su naturaleza como ser espiritual y libre. La creación de este mundo humano se realiza en el espacio y el tiempo, en los espacios geográficos y en los tiempos históricos.

La geografía es la ciencia que está llamada a generar conocimientos que permitan al hombre comprender el mundo que le rodea y crear en este mundo espacios que le permitan vivir una vida en plenitud. El geógrafo que describe las montañas, los ríos y las llanuras, que analiza la influencia del clima, que estudia las interrelaciones entre el suelo, los cultivos, las comunicaciones y las poblaciones humanas hace que el mundo sensible deje de ser algo externo, ajeno, incomprensible y hostil y lo integra a la existencia humana. Hace que el hombre pueda decir: este mundo es mi mundo en que yo puedo vivir y realizarme.

Si ésta ha sido y es la misión de la geografía, hoy en día le cabe una especial y grave responsabilidad. En el presente estamos haciendo la inquietante experiencia de que la ciencia y la tecnología, de las cuales la ideología del progreso esperó la felicidad y la completa liberación del hombre, puedan producir su desgracia y su infelicidad. Estamos abusando de la naturaleza y de sus bienes. Estamos creando un mundo artificial contaminado que puede poner en peligro la subsistencia misma del género humano. Frente a esta amenaza no cabe una reacción irracional que condene ciegamente los avances científicos y tecnológicos y que predique la vuelta a una idílica naturaleza roussoniana. Los problemas creados por la ciencia y la tecnología deben ser estudiados y ata-

cados científicamente. Y es ahí donde, en mi opinión, la geografía tiene en la actualidad una gran misión y una inmensa tarea. Ella, la ciencia de la tierra, debe cooperar en crear conciencia de que todos nosotros, seres cuya existencia se desarrolla en el espacio y el tiempo, somos responsables de los bienes naturales que Dios nos ha dado. La geografía no puede ayudar a comprender mejor la naturaleza física y las relaciones que nos ligan a ella. Y de esta manera nos puede guiar para que humanicemos nuestro mundo, en vez de destruirlo, para que logremos crear un mundo en que valga la pena vivir.

En esta amplia perspectiva la geografía adquiere un especial relieve y una importancia fundamental para la existencia humana.

Con satisfacción podemos comprobar que en nuestro país la geografía ha adquirido un nivel que le permite afrontar con éxito las tareas que el momento histórico actual le asigna.

El progreso de las ciencias en Chile, igual que el desarrollo de la geografía científica en Chile, ha estado centrado en la universidad. Inolvidable es el nombre de Hurnberto Fuenzalida Villegas, gran maestro en la Universidad de Chile, formador de una generación de geógrafos jóvenes que, en colaboración con científicos extranjeros como los franceses Borde y Paskoff y los alemanes Báhr y Weischet, elevaron la enseñanza y la investigación geográfica en Chile a niveles internacionales.

El Instituto de Geografía de esta Universidad, desde sus modestos orígenes, hace 45 años, en el antiguo Departamento de Historia y Geografía de la Escuela de Pedagogía, se ha convertido en un centro científico que forma a geógrafos y licenciados en geografía y que realiza una intensa labor de investigación de que da testimonio la Revista de Geografía Norte Grande.

Los geógrafos chilenos, conscientes de que la ciencia moderna progresa a través del contacto directo entre los científicos, buscaron formas de cooperación e intercambio. Mancomunaron su labor en las décadas del 20, 30 y 40 a través de la Sociedad Científica de Chile. Formaron la Sociedad Geográfica de Chile. En 1955 crearon la Asociación de Geógrafos de Chile, que ha podido realizar una fecunda labor, patrocinando una larga serie de congresos nacionales.

Hoy en día la Sociedad Chilena de Geografía ha conferido al Instituto de Geografía de esta Universidad Católica la honrosa misión de organizar el Décimo Congreso Nacional de Geografía. A nombre de la Universidad quiero agradecer a la Sociedad Chilena de Geografía el honor que con ello nos han dispensado y quiero extender este agradecimiento a todos los geógrafos, extranjeros y chilenos, que nos honran con su presencia.

La celebración del Décimo Congreso Nacional de Geografía se inserta en el programa de festividades académicas con que nuestra Universidad quiere celebrar el Centenario de su fundación.

La Universidad Católica fue fundada hace cien años como una obra universitaria de Iglesia. En el curso de su historia ella ha demostrado que el diálogo entre la fe y la razón sigue siendo fecundo. Ella, para poder definir y realizar su propia identidad, sostuvo desde sus comienzos que el hombre debe gozar de libertad para poder vivir de acuerdo con los mandatos de su conciencia. De esta manera, en el proceso de su autorrealización, ella ha contribuido a que se afirmara en nuestro país el principio de la libertad espiritual, condición insustituible para que prospere la ciencia y para que el hombre se realice como hombre.

Una conmemoración histórica debe ser más que un mero recuerdo piadoso. Ella debe ser ocasión para reafirmar el compromiso con los valores que han sido confirmados por la tradición. Si en este año 1988 recordamos el Centenario de la fundación de nuestra Universidad, lo hacemos porque queremos reafirmar nuestra voluntad de servir a la verdad en libertad.

Es para nosotros motivo de especial satisfacción que la Sociedad Chilena de Geografía haya depositado su confianza en nuestro Instituto de Geografía para que realice este congreso. Esperamos que la labor y los frutos de este congreso sean un aporte más en aquella lucha incesante que ha de librar el hombre para ordenar su mundo y hacer una vida más humana.